

*¡Ven al
cine!*

**JORGE
BERLANGA**

Dicen que la televisión está acabando con el cine. Eso se viene comentando desde hace muchos lustros, desde que se inventó el asunto de tener una fuente de imágenes en la propia casa, pero resulta que, tal como está la programación en este país, al final resulta que lo que está haciendo es salvar al cine, no sólo porque lo único visible sean las películas que de vez en cuando pasan, sino porque la producción nacional en este momento se nutre del dinero que le adelantan las diversas cadenas por derechos de emisión anticipados. Otro cantar es la casi imposible labor de rodar un film, en estos momentos y poder contar con algún actor nacional de prestigio, porque la inmensa mayoría tiene contratos para hacer telecomedias, sometidos a la máquina febril de la moda del humor de situación, de usar y tirar, en una infinidad de series que nacen como hongos, aunque la mayoría no tengan ninguna gracia. Pero no importa, muchos de ellos tienen tiempo para participar en la campaña televisiva que se ha montado el Ministerio de Cultura, donde salen poniendo la mejor de sus sonrisas, hablando de lo bonito que es ir a una sala de proyección, sentarse en la oscuridad, escuchar cómo los vecinos mascan pa-

CINE

lomitas, cómo te pisan los que vienen a acomodarse tarde, o mover la cabeza al son de los ronquidos del de la fila de delante. ¡Ven al cine!, te dicen, y uno, que obedece casi de forma hipnótica a toda publicidad que sale por la pantallita, agarra la chaqueta y se lanza a la calle a hacer la carrera por las carteleras.

Primera parada. *Canción de cuna*, de José Luis Garci. Un folletón de los de antes en pleno año 94. Aprovechando el éxito de los culebrones, que tienen a medio país a mal traer con sus emociones lacrimógenas, el director se ha debido decir, «¿Pues por qué no voy a hacer yo tres cuartos de lo mismo?», y se entrega a una apuesta arriesgada, una especie de pirueta personal para un ganador del premio Osear,

**«Si algo no se le puede
negar a Garci, es tener
más valor que *El Guerra*,
llevando adelante un
capricho contra
el viento y la marea de
las corrientes de la
acción trepidante.»**

amante del cine americano y apasionado conocedor, a estas alturas casi co-autor, de *Casa-blanca*. Nada menos que resucitar una vieja obra de Martínez Sierra y llevarla al cine. Si algo no se le puede negar a Garci, es tener más valor que *El Guerra* llevando adelante un capricho contra el viento y la marea de las corrientes de la acción trepidante. Con todo descaro, se permite un respiro y nos introduce en el plácido universo de un convento, entre aires de incienso y cantos de paz, contándonos la historia de unas monjitas que se encuentran a una niña abandonada en la puerta de la clausura, a la que se dedican a educar. La película tiene dos partes, una en la que aparece el bebé, y otra en la que la moza, ya crecida, se dispone a marcharse para casarse. El paso de la historia, a pesar de una Maribel Verdú tan carnal y jugosa como de costumbre, lo llevan las religiosas, interpretadas por Fiorella Faltoyano y María Massip, ayudadas por Alfredo Landa, que hace de doctor que ayuda a criar a la mocosuela. Y la cosa, qué les voy a contar, es eso, sonrisas y lágrimas en el remanso de la oscuridad de una sala, ideal para esa gente que, agotada por el stress de la vida moderna, se va a descansar a los monasterios convertidos en hoteles. Pues nada, esto sale más barato, por el precio que cuesta una entrada, se puede ir a echar una cabezadita y quedarse en la gloria.

Pero bueno, acostumbrados a despertar al toque

de corneta, nos vamos a



Amparo Larrañaga en una escena de la película "Canción de cuna", de Garci.

otra cosa, a ver *Alegre, ma non troppo*, de Fernando Colomo. Un director que cualquiera sabe si tiene oído, pero que tiene vista y excelente olfato para hacer cine entretenido. En su última obra, coge la batuta para hacer un ejercicio de virtuosismo en el género de la comedia con un tema que podría amenazar en principio con resultar ligeramente soporífero, como es el de las pruebas para entrar en una orquesta sinfónica. Pero en estas tareas, gozar del sentido del ritmo, conocer el efecto del *tem-po* (eso de que tanto hablan los teóricos de la fotografía animada), es como seguir el diapasón que cambia la desorganizada estridencia por la armonía brillante.

Un chaval mariquita, más que por vocación, por influencia de su madre, que como buena mu-

jerona no tiene un concepto muy elevado de las personas de su sexo, intenta triunfar soplando la trompa, aunque se le va el aire en los conflictos interiores de una personalidad ahogada, hasta que conoce a una jovenci-ta dotada tanto para el arte como para otras habilidades más terrenales, para acabar bebiendo los vientos por ella, a pesar de que a la niña quien la

pone de verdad es el progenitor del muchacho, que es el profesor encargado de elegir a los componentes de la orquesta. El enredo está servido. La fórmula es simple, pero hay que saber sacarle la melodía, y eso es lo que hace Colomo, piano, pianí-simo, sin bombo ni platillo, con una sencillez de maestro, disponiendo en el atril de un sólido guión.

enélope Cruz
P explota su morbo adolescente, especialmente cuando se amorra a la trompa. Osear Ladoire pasea una elegante y graciosa decadencia, mientras que Rosa María Sarda hace su mejor trabajo en el cine, soltándose el pelo como madre castradora hasta extremos geniales, y Pere Ponce demuestra una vez más que es el mejor actor joven que

tenemos en este país. En resumen, Colomo da la nota, se podría decir que en grado sobresaliente.

No menos sobresaliente es el trabajo como director de Manuel Gómez Pereira en *Todos los hombres sois iguales*. Un hombre curtido en el oficio, cumpliendo durante muchos años de ayudante, sin ínfulas de genio, que comenzó con la etiqueta de simple artesano, se ha convertido con tres películas en el más brillante autor de comedias del panorama cinematográfico español.

En este caso nos ofrece la historia de tres hombres separados de sus mujeres, entregados a un ejercicio de misoginia militante, con unas reglas marcadas como si fuera un club de solteros anónimos, protegiéndose para impedir que ninguno de ellos acabe metiendo la gamba y se acabe prendando de unas faldas, escocidos por las experiencias, tratando de ejercer el cinismo desde el dolor, huyendo de la tela de araña del encantamiento femenino, intentan arreglárselas buscando el objetivo de una perfecta felicidad independiente de la dictadura de los compromisos sentimentales, dentro de una utópica libertad más allá de toda atadura sexual. Claro que una cosa es planteárselo y otra muy distinta conseguirlo. Desde la presencia de una turbadora criada (una excelente Cristina Marcos, antiguamente encasillada en papeles trágicos, que demuestra unas magníficas dotes para el humor), al constante ir y venir de otras fémi-

CINE

«Fernando Colomo coge la batuta para hacer un ejercicio de virtuosismo en el género de la comedia con un tema que podría amenazar en principio con resultar ligeramente soporífero, como es el de las pruebas para entrar en una orquesta sinfónica.»

ñas, entre ellas sus ex-mujeres, las circunstancias se juntan para estropear el proyecto idílico. La película, con sencillez y sin pretensiones, es extraordinariamente divertida, contando con tres actores, Imanol Arias, Juanjo Puigcorbé y Antonio Resines, en singular estado de gracia. Muy bien. Claro que en plan de ejercicio de actor, o también especialmente de director, tenemos *Carlitas Way* (aquí titulada, no se sabe por qué, con el extraño nombre de *Atrapado por su pasado*). Brian de Palma y Al Pacino. El mago del suspense de los últimos años, genuino heredero de Hitchcock, y el latino fullero y malandrín que le saca partido al método. Con su habilidad para utilizar los recursos del cine con arte de birlibirloque, de Palma se saca de la chistera una película que atrapa sin remisión al espectador, contándonos, en el momento de su muerte, los recuerdos de un choricillo traficante de drogas que acaba metiéndose en grandes negocios, que le acaban costando caro. Comenzando por una escena inicial de antología, el pulso de la narración se sostiene sin descanso, magnetizando la atención, tal vez con todo tipo de truculencias, en ese estilo del director que tantas veces han denostado algunos, pero trucos que, al fin y al cabo, se agradecen como agua de mayo, sabiendo que el cine, en su más pura esencia, es el engaño llevado a su más alta cima. Peores son otras cosas, cuando los que quieren decir la verdad sólo nos llevan al desengaño.